

mi imaginacion para obtener que nos perdone la vida el cacique de Panuco.

Apenas terminó este diálogo entre Catalina y Barbadillo, se presentaron dos ministros de Nazatcotlan con orden de llevar á los prisioneros á la presencia de su amo.

Capitulo XLVIII.

Otro prisionero.

Por el camino dijo Barbadillo á Catalina:

—Es necesario que ignore esta gente quién sois, y al mismo tiempo creo oportuno, para justificar la asistencia que desde ahora me ofrezco á prestaros, decir al cacique que sois mi hijo. Mis canas me autorizan para hacer esta declaracion, y será muy bastante para que la crean cierta.

Catalina agradeció en extremo aquella proposicion, y manifestó su gratitud á Barbadillo.

—Calmaos, señora,—dijo éste,—y no dudeis que vuestras sospechas son infundadas. Ya que somos prisioneros del cacique de esta ciudad, haremos lo posible para acercarnos á Méjico y hallar á Hernan Cortés, si es que antes no nos saca de aquí á la fuer-

nuestro jefe don Francisco de Garay, que es hombre de energía, y que de seguro querrá castigar el atentado que los de Panuco han cometido con sus soldados.

Llegaron los dos prisioneros á la presencia de Nazatcotlan, y éste los recibió con las mayores muestras de simpatía.

—Aunque en justicia todos debíais haber sufrido una misma suerte, os he hecho gracia del castigo, porque quiero teneros á mi lado; pero la condicion que os impongo es que os quedeis á mi servicio para que me instruyais en vuestro idioma, en vuestros usos, para que me deis noticia de vuestro país, para que si vienen españoles á mi territorio pueda yo hablar con ellos y demostrarles que es inútil la fuerza conmigo.

Barbadillo declaró que estaban dispuestos á obedecerle en todo y por todo.

—Tanto más,—añadió,—cuanto que siendo los dos padre é hijo, viviremos felices á vuestro lado.

—En ese caso,—exclamó Nazatcotlan,—tendréis habitacion en mi casa, sereis libres, y lo único que no os permitiré es acercaros á la playa en tanto que no desaparezcan los navios de vuestros compatriotas.

Apenas terminó su última frase, acudieron en tropel sus ministros para anunciarle lo que pasaba.

—Cumpliendo tus órdenes,—dijo uno de ellos,—hemos llevado las cabezas de los españoles que han sido sacrificados á la playa.

Apenas las han visto sus compatriotas, han echa-

do al agua multitud de canoas que tenían á bordo en las grandes naves, y en ellas se han dirigido á la playa, volviendo las canoas á buscar más gente. Tus soldados, ignorando tus órdenes, han retrocedido, y nosotros hemos venido á anunciarte lo que sucede. A estas horas habrán desembarcado todos los españoles, y vendrán hasta aquí con ánimo de vengarse. Dispon lo que ha de hacerse.

Nazateotlan, volviéndose á Barbadillo.

—Ya oyes lo que me dicen,—exclamó.—Los tuyos desconocen el valor de mis soldados y el crecido número de los que puedo enviar á contenerlos.

Voy á reunir mis tropas y á salir á su encuentro. Vosotros os quedais prisioneros aquí, no os estimule á hacerme traicion y á venderme.

Ordenó que los condujeran á un aposento y que los vigilaran, y saliendo á la plaza, convocó á sus soldados, exhortándolos á luchar con los extranjeros en defensa de la independendencia de su patria.

Todos se mostraron dispuestos á seguirle, y se encaminaron á la gran esplanada que conducia á la playa, á tiempo que el jefe de la expedicion, Francisco de Garay, al frente de sus arcabuceros, avanzaba resuelto á vengarse del infame atentado que habia cometido el cacique de Panuco con los emisarios que le habia enviado para proponerle la paz.

—Amigos míos,—dijo Garay á sus soldados.—Es necesario castigar el ultraje que nos han hecho; es necesario vengar á nuestros hermanos.

Corramos al encuentro de los verdugos, peleemos

con ellos, incendiemos sus casas, pasemos á cuchillo á sus moradores.

Donde sólo creíamos amigos, tendremos esclavos.

La culpa no es nuestra: ellos nos han provocado, y no se insulta impunemente á los españoles.

Resueltos todos á seguir á su jefe, avanzaron; y algunos de ellos cayeron en los cepos, lo cual les irritó más aún, impulsándolos á cometer toda clase de tropelías.

No tardaron en avistar el numeroso ejército de Nazateotlan.

Los indios, al ver á los españoles, comenzaron á gritar, corriendo á su encuentro.

Los arcabuceros de Garay descargaron sobre ellos sus armas, logrando de este modo contener su ímpetu.

Pero Nazateotlan, renunciando á la costumbre que tenían los indios de pelear formando una masa compacta, dividió á sus soldados en tres columnas, envió dos á los flancos de los españoles, avanzaron estas á través de los árboles mientras la columna del centro distraía á los enemigos, y lograron acorralarlos.

Indignado Francisco de Garay por aquella sorpresa, sin pensar el riesgo que corría, avanzó en su caballo hasta la columna del centro, le rompió, hirió y mató á unos cuantos indios, y no tardó en verse rodeado por una multitud de estos, que iban á cribarle á flechazos.

—¡Deteneos! —dijo Nazateotlan. —Es el jefe de los

extranjeros, y su vida me pertenece. Llévadle á mi palacio.

A duras penas sujetaron á Francisco de Garay, y obedecieron las órdenes de Nazateotlan.

Los españoles quisieron salvar á su jefe; pero al verle en poder de los indios le creyeron muerto, y se replegaron á la playa con ánimo de volver á los buques y deliberar acerca del partido que tomarían, en vista del desfavorable resultado de la lucha.

Así lo hicieron, perseguidos por los de Panucó á muy corta distancia, y en la retirada perecieron algunos; pero la mayor parte lograron guarecerse en los navíos.

Francisco de Garay fué desarmado y conducido al palacio del cacique.

Lleváronle á una habitacion, y cuando repuesto de la sorpresa, prefiriendo la muerte á la prision, iba á luchar cuerpo á cuerpo con sus guardadores:

—Calmaos,—dijo una voz en castellano al lado suyo;—no temais.

Volvió los ojos, y encontró á Barbadillo.

Los indios le dejaron con don Lope y Catalina, y uno y otra tranquilizaron á Garay, refiriéndole todo lo que les habia pasado, y dándole á entender que ellos aprovecharían la influencia que tenían con el cacique para librarle de todo riesgo.

Barbadillo instruyó á Garay acerca de la conducta que debería observar para captarse las simpatías de Nazateotlan.

Más tranquilo, aguardó el bizarro caudillo el momento de comparecer ante el cacique.

Pero nuestros lectores desearán saber quién era Francisco de Garay, y debemos satisfacer su curiosidad.

Tanto más, cuanto que en la historia de la Conquista de Méjico ocupa un lugar importante.

Abramos, pues, un paréntesis, para que en él encuentren nuestros lectores las más interesantes noticias referentes al prisionero.

Capítulo XLIX.

Historia de Francisco de Garay.

Los habitantes de una pequeña aldea próxima á Castuera, al abandonar sus labores, saludaban respetuosamente á dos ancianos que la mayor parte de los dias encontraban paseando por aquella deliciosa comarca.

Eran don Mendo de Garay y doña Luz de Armengol, padres de Francisco de Garay.

Don Mendo habia militado en las guerras de Flandes, se habia distinguido por su bravura, por su arrojo, por su pericia, y al finalizar la guerra pidió licencia al rey para abandonar el servicio y retirarse á su casa á reposar de sus fatigas.

No sólo le concedió el rey lo que pedia, sino que deseando recompensar sus buenos servicios, le hizo

donacion de algunos bienes, que unidos á los que constituian su casa solariega, eran suficientes para vivir tranquila y sosegadamente el resto de sus dias.

En la época á que nos referimos podria tener don Mendo uno treinta años.

¿Cómo se explica, dirán nuestros lectores, que un hombre jóven, valiente, favorecido por la fortuna, y habiendo logrado llegar á capitán de uno de los tercios, sacrificaba su gloria, su porvenir al deseo de volver al pueblo que le vió nacer?

¿Acaso sus padres, ancianos ya, reclamaban su presencia?

Desgraciadamente para él, su madre no pudo consolarse de su separacion, y un año haria que se hallaba peleando por su rey y señor, cuando recibió la fatal noticia de su muerte.

El atribulado esposo no sobrevivió mucho á esta desgracia, razon por la cual don Mendo puede decirse que se hallaba solo en el mundo.

Pero un recuerdo que no se separaba un instante de su mente, una dulce esperanza, el cumplimiento de un juramento, le hacia desear más y más volver á su casa solariega.

Nuestros lectores habrán adivinado que este recuerdo, esta esperanza, era deña Luz, de la que estaba perdidamente enamorado, y de la que se habia despedido al partir á la guerra despues de haber oido de sus labios, en medio de la más inocente turbacion, que le amaba, que esperaba su vuelta, que rogaria á Dios todos los dias para que conservara su

vida, y que la mayor felicidad seria consagrarle su alma, su vida entera, uniéndose á él en el altar con indisolubles lazos.

El mancebo por su parte, juró por su fé de caballero que su mayor anhelo era ver realizadas estas esperanzas, y partió á la guerra ávido de conquistar un nombre glorioso que poder ofrecer á su amada, inclinado á sus padres á que bendijeran su union, que dicho sea de paso, no les halagaban mucho, porque ellos disfrutaban de una fortuna superior en mucho á la de los padres de don Mendo.

Obtenida la licencia del rey, púsose el mismo dia en camino, acompañado de Fortun Morínigo, soldado valiente y de su mismo pueblo, que habia hecho con él toda la campaña, y que en más de una ocasion habia expuesto su vida por salvar la de su capitán.

Los que hayan vivido largo tiempo fuera de su patria, y mucho más si en ella han dejado recuerdos de esos que llenan el alma, que nos trasportan á un mundo lleno de dicha, que hacen adivinar en nuestros ensueños una eternidad de placeres, y cuando al mismo tiempo se une al deseo de realizarlos el cumplimiento de un juramento, sellado con una mirada de amor, comprenderán que don Mendo de Garray, olvidándose de su cansancio, sin recordar que podian menoscabar su salud las grandes jornadas que hacia, regrésase á España en un periodo que á él mismo parecia fabuloso hubiese podido ser tan corto.

Una noche, serian las once, acompañado de Fortun llego á su pueblo.

Anselmo, viejo criado de sus padres, que habia quedado encargado de la casa, al oír llamar á aquellas horas tembló, y santiguándose cien veces, y sin adivinar quién podia ser quien turbaba el silencio que reinaba, notando que cada vez golpeaban la puerta con más impaciencia, se decidió á preguntar entre soñoliento y amedrantado:

—¿Qué quereis?

—Abre, Anselmo; soy yo, ¿no me conoces?

—¡Válgame Dios! Esperad un momento, señor.

Y en su impaciente alegría, el bueno de Anselmo para no entretenerse en vestirse, cogió una manta para preservarse del frio, se embozó en ella y corrió á encender una luz.

Un instante despues abria la puerta y abrazaba á su amo, que por su parte correspondia cariñosamente á la expansion del anciano, que vertiendo abundantes lágrimas, no cesaba de decir:

—¡Qué felicidad para los señores haberos abrazado como yo os abrazo! ¡Bien decia mi señora, que no os volveria á ver!... Cuando pienso los proyectos que abrigaba vuestro padre el dia de vuestro regreso, y recuerdo que el infeliz tampoco ha logrado estrecharos en sus brazos... vamos, bien sabe Dios que me parece un sueño que en tan breve tiempo hayan pasado tantos desastres sobre una familia tan cristiana.

Vos, por fia, á lo que veo, estais bueno; vuestra mirada revela la esperanza; habreis hecho fortuna y

¿qué diantre! cuando las cosas no tienen remedio, el hombre no ha de ahogarse con sus penas.

Animo pues, que yo bien me sé que hay una persona á quien alegrará vuestra vuelta, que todos los dias manda á su criado para ver si se me ofre algo, por aquello de que por la peana se adora al santo; y lo que es los domingos y fiestas de guardar no hay quien la quite despues de la misa echar un párrafo con el pobre Anselmo, preguntándome siempre de vos, hablando de vos, pensando en vos, á pesar de lo gruñona que es doña Isabel, dueña impertinente que no tolera se hable de amor en su presencia, sin duda por que la pobre no ha tenido en su vida quien la diga por ahí te pudras...

—¿No callarás, hablador eterno y sempiterno?— dijo don Mendo, gozando interiormente por lo que acababa de oír.—De poco sirve que Luz corresponda á mi amor, de poco sirve que yo aprecie los tesoros de ventura que encierra su alma, si su padre don Cleofás sigue dominado por el demonio de la avaricia, y cree que sólo puede hallarse la felicidad atesorando cuantiosas cantidades.

Bien es verdad que hoy, gracias á las mercedes de nuestro monarca, que dios guarde, puedo ofrecer alguna comodidad á la que sea mi esposa. Pero mi fortuna nó es suficiente para halagar á ese viejo avaro, y será difícil que consienta en nuestra union.

—No es tan fiero el leon como le pintan, y si yo los dijera...

—¿Qué? Habla.

—Aunque nada me habeis dicho, he sabido por un soldado que por aquí pasó los triunfos que habeis conseguido, el aprecio que de vuestros servicios ha hecho el rey. Estas noticias han llegado á oídos de don Cleofás, y no falta quien asegura que al saberlas decía á su hija:

—«Yo no me he opuesto á ese enlace por que careciera de fortuna Mendo. Lo que yo deseaba para tí eran honores, no riquezas; á Dios gracias, tengo dinero suficiente, aunque fuera para flotar cinco buques: lo que yo ambiciono para tí es un esposo, que al ofrecerte su cariño añada un nuevo timbre á tu linaje; si Mendo adquiere un nombre esclarecido, si se distingue en la guerra, si te ama como tú le amas, que venga á pedirme tu mano y me creeré muy honrado y dichoso al concedérsela.

—¡Anselmo, por piedad, no me engañes! ¿Con que es cierto que podré realizar la dicha que ambiciono? ¡Ah! Repíteme por Dios esas palabras, porque ellas, cayendo en mi corazón como gotas de rocío, le inundan de una inefable felicidad.

El buen Anselmo repitió á su amo la narración que acababa de hacerle, recordó las infinitas conversaciones que había tenido con doña Luz, y como la felicidad es egoísta, no se apercibió don Mendo, ni de lo avanzado de la hora, ni de que el pobre Morínigo necesitaba descansar.

Afortunadamente para éste, la confianza que durante el camino había adquirido con su capitán le aconsejó acostarse, y durante la sabrosa plática en-

tre Anselmo y su amo se oían de cuando en cuando sonidos que anunciaban que el que los producía era presa de un profundo y reparador sueño.

La noticia de la llegada de don Mendo corrió por la ciudad con rapidez eléctrica, y el mismo don Cleofás mandó llamar á su casa al día siguiente al mancebo.

Reiterando éste sus súplicas, el padre de Luz, que se extasiaba oyéndole contar sus proezas, le concedió la mano de su hija, y dos meses después se celebraron las bodas con gran solemnidad, empezando desde entonces para los cónyuges una vida feliz, tranquila, siendo muy queridos por todas las vecinas del pueblo, que veían en ellos una providencia para el alivio de todas sus desgracias.

Esta era la causa de que los aldeanos les saludasen respetuosamente, manifestándoles de este modo su gratitud por los beneficios que de ellos recibían.